

LOS INFANTES DE ARAGÓN ¿QUÉ SE HIZIERON?

Pascual MARTÍNEZ SOPENA
sopena@fyl.uva.es

*¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón
¿qué se hizieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué fue de tanta invención
como traxieron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos,
qué fueron sino verduras
de las eras?*

INTRODUCCIÓN

El poeta Jorge Manrique, que nació probablemente hacia 1440, es famoso por las "Coplas a la muerte de su padre". Las compuso en memoria de don Rodrigo Manrique, conde de Paredes de Nava, en la Tierra de Campos, al tiempo que dignatario y luego Maestre de la Orden Militar de Santiago. Y entre los pasajes más famosos de las coplas se halla éste. Sus versos evocan la vaciedad de las ambiciones humanas tomando como ejemplo las figuras del rey Juan II de Castilla y de sus primos, que fueron conocidos en Castilla como los "Infantes de Aragón". Tantos gestos grandiosos de los personajes más importantes de su tiempo –viene a sostener-, carecen de valor frente al cultivo de la honra y el ejercicio de la virtud.

Jorge Manrique sabía de lo que hablaba. Su familia había participado activamente en la política castellana del siglo XV, cuando todos los actores mencionados coincidieron, compitiendo en protagonismo entre sí y con don Álvaro de Luna, el gran privado del rey Juan. Jorge Manrique había de morir combatiendo al servicio de los reyes Isabel y Fernando en 1479, haciendo honor a su condición de noble caballero, hombre de armas y escritor reflexivo.

El mapa de la España de este momento ofrece una engañosa sensación de estabilidad. Si bien las fronteras cambiaron poco (salvo en Navarra, forzada a entregar la actual Rioja Alavesa a Castilla en 1464), las tensiones bélicas entre los reinos fueron constantes. Curiosamente, se comprueba que uno de los factores que las impulsaron fueron las estrechas relaciones de

sangre entre sus gobernantes. En tales circunstancias cabe destacar que el compromiso de Caspe (1412), había entronizado como rey de Aragón al infante castellano Fernando "el de Antequera", con lo que los estados principales de la Península quedaron en manos de dos ramas de la dinastía Trastámara, a la postre rivales.

El lector apreciará en las páginas inmediatas una perspectiva en zig-zag. El primer punto se sitúa dos generaciones antes de Jorge Manrique, mediante una reflexión sobre la política castellana de los primeros años del siglo XV, dominada por la personalidad del mencionado Infante Fernando.

Viene después una caracterización de sus vástagos, los "Infantes de Aragón": principalmente Juan, rey consorte de Navarra desde 1425, y Enrique, maestre de Santiago, que recibieron de sus progenitores una enorme herencia en Castilla y se beneficiaron de una extensa red de amigos y parientes. Los puntos siguientes resaltan el papel de los Infantes de Aragón en el reino de sus abuelos, distinguiendo dos etapas. Tras haber mantenido grandes desavenencias entre ellos, su nuevo plan de concordia parecía encaminado a dominar la política del



Retrato de Jorge Manrique, por Juan de Borgoña

reino; pero chocó con el ascenso de Álvaro de Luna, que los enviaría al exilio y les confiscó su patrimonio en 1430. Aunque los Infantes retornaron al cabo de unos años, recuperando su protagonismo aupados en el amplio rechazo a la "tiranía" de Álvaro de Luna. Pero fueron expulsados definitivamente en 1445, tras su derrota militar en Olmedo.

El último punto tiene aire de epílogo, pues el infante Juan dejó de intervenir resueltamente en la política castellana, sobre todo desde que se convirtió en rey de Aragón en 1458, sin renunciar nunca a su condición de rey de Navarra.

LA POLÍTICA CASTELLANA EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO

En 1406 falleció Enrique III de Castilla. Dejaba un heredero de apenas dos años, el futuro Juan II, por lo que se constituyó una regencia compartida entre su viuda, la reina Catalina, y el Infante Fernando, hermano del rey difunto y noble más poderoso del reino –a lo que no era ajeno su matrimonio con la condesa Leonor de Alburquerque, ricahembra de la misma estirpe real. Si su título de señor de Lara le acreditaba como jefe de la nobleza castellana, los dominios de los cónyuges se extendían por la Rioja (Haro, Briones), la Tierra de Campos (Paredes de Nava, Villalón, Mayorga, Uruña), las Extremaduras al Sur del Duero (Medina del Campo, Peñafiel, Ledesma, Cuéllar), y la frontera portuguesa (Alburquerque). Hay que añadir que muchas de estas villas estaban en el área de mayor peso político de Castilla, el Duero Medio y su contorno, contando entre sus aglomeraciones más populosas.

El infante era un hombre tan piadoso como hábil. Su proverbial devoción a la Virgen María se conciliaba con un carácter emprendedor y una sensibilidad por lo simbólico propia de la época. En 1404 había fundado una orden de caballería, denominada de la Jarra y el Grifo porque su emblema representaba el jarro de azucenas mariano y la figura del más poderoso de los animales fantásticos. A su alrededor se organizó algo parecido a un equipo de gobierno donde, junto a nobles afectos, dio entrada a una selección de consejeros más o menos formales. Había clérigos como el obispo de Palencia Sancho de Rojas, luego arzobispo de Toledo, y el futuro san Vicente Ferrer, famoso predicador que concretaba la predilección del infante por la orden de los Dominicos. Pero también se surtió de universitarios peritos en leyes, de notables de las villas de sus dominios, y de judíos convertidos o "cristianos nuevos", como Alvar García de Santa María, quizá autor de la crónica que pormenorizó sus éxitos.

La conquista de Antequera cimentó su prestigio. En los años 1409-1410, la campaña contra esta ciudad musulmana desempeñó gran papel en la política castellana. Presentada como una nueva cruzada, sirvió para movilizar alrededor del infante a las fuerzas vivas del reino y le permitió redistribuir grandes recursos entre sus leales de todos los niveles, de los ricoshombres a los campesinos de sus señoríos. Luego, la victoria final alimentaría la memoria y la imaginación de las gentes. Además, favoreció un objetivo del mayor calado: llevarlo al trono de Aragón tras el interregno que siguió a la muerte del rey Martín I. Para lo cual sumó a sus partidarios aragoneses –entre quienes destacaba su consejero Vicente Ferrer, muñidor principal del Compromiso de Caspe que le eligió rey en 1412 –, a quienes le venían apoyando en Castilla –clérigos y laicos, hombres de leyes y guerreros. Todos ellos se beneficiaron de las mercedes del nuevo monarca.

LOS INFANTES DE ARAGÓN: LOS HEREDEROS DE FERNANDO DE ANTEQUERA

El Infante-Rey murió en 1416, con 38 años. Hasta su muerte mantuvo su condición de regente de Castilla, lo que preservó para sus hijos una



*El rey Juan II de Castilla.
Francisco Prats y Velasco (1848). Museo del Prado.*

amplia cuota de poder en la tierra natal de todos. En efecto, sus hijos habían nacido y se criaron en Medina del Campo, la capital de sus estados. Hay alguna imagen donde todos juntos son seis jóvenes, elegantes y contentos, como dispuestos a sus altos destinos en el gobierno del reino, merced a los matrimonios que entretejían las alianzas políticas.

El mayor, Alfonso, casó con la infanta María, hermana de su primo Juan II de Castilla. Sucedió a su padre como rey de Aragón (Alfonso V, †1458). Si en principio vigiló Castilla desde su trono y a través de sus hermanos, acabó por desentenderse en 1430; eso sí, los acogió cuando se exiliaron.

El infante Juan fue, como se indicaba, rey de Navarra hasta su muerte en 1479. Obtuvo esta dignidad como consorte de la infanta Blanca, heredera de Carlos III el Noble, y la conservó durante su viudez, su segundo matrimonio y después: más de medio siglo, sin remedio para sus hijos Carlos de Viana y Blanca. Además, don Juan sucedió a su hermano mayor en el trono de Aragón en 1458. En esta última fase de su vida política perdió interés por la política castellana, donde había participado tan activamente.

En ella también intervino al máximo nivel don Enrique, el tercero de los hermanos. De talante más impulsivo que don Juan, fue maestro de la Orden de Santiago. Murió a consecuencia de una herida que recibió en la batalla de Olmedo (1445). Estuvo casado con otra hermana de Juan II de Castilla, la infanta Catalina.

Don Pedro, el hermano menor, jugó un papel a socaire de los anteriores y falleció antes que ellos, combatiendo en Nápoles. Fue conde de Alburquerque.

También tuvieron dos hermanas. La infanta María se convirtió en reina de Castilla al casarse con su primo Juan II, cerrando el entramado de matrimonios entre las dos ramas Trastámara. En fin, el matrimonio de la infanta Leonor con don Duarte, heredero de Portugal, orientó intereses familiares hacia el último de los reinos cristianos peninsulares, pero la brevedad del reinado de don Duarte frustró las expectativas.

Tras morir Fernando de Antequera, la reina viuda Leonor vivió en el convento de las Dueñas dominicas de Medina del Campo. De inmediato transfirió a sus hijos Juan y Enrique casi todo el patrimonio, salvo algunas villas como Urueña. Juan de Aragón recibió los títulos de señor de Lara, duque de Peñafiel y duque de Montblanc, más el conjunto de señoríos de la Rioja, la Tierra de Campos y el sur del Duero. Don Enrique recibió bienes en la banda fronteriza con



El rey Juan II de Aragón, retrato de Manuel Aguirre (hacia 1851-54). Diputación de Zaragoza.

Portugal y el condado de Ampurias, aparte del maestrazgo de Santiago, que le aseguraba una presencia especialmente intensa en las regiones meridionales de Castilla y León; también se cumplen en 2021 los 600 años desde que fundó Villanueva de los Infantes, destinada a ser la capital de los dominios santiagoños en La Mancha.

LOS INFANTES EN LA POLÍTICA CASTELLANA, 1ª FASE: HASTA SU EXILIO EN 1430

En 1419, Juan II de Castilla llegó a los 14 años, alcanzando la mayoría de edad. Era menor que sus primos Juan y Enrique de Aragón, de 22 y 19 años. Ante tal juventud protagonizando la política del momento y tanto poder en juego, conviene tener en cuenta otros datos. Junto al rey había hombres maduros dispuestos a ejercer el gobierno. Entre ellos, el condestable Ruy López Dávalos, jefe del ejército, y Álvaro de Luna, un noble de origen aragonés que había intimado con el rey desde su infancia. Sobre la corte se proyectaba además la sombra de los ricoshombres. Se apellidaban Enríquez, Manrique o Mendoza, y con frecuencia estaban enlazados entre sí. Varios habían estado próximos

a Fernando de Antequera y otros esperaban su oportunidad sirviendo a sus hijos o al joven rey.

La tensión que sugiere este esquema estalló de inmediato, pero no del modo que cabría imaginar. Al cabo de un año, los infantes Juan y Enrique disputaron. Aprovechando que don Juan había acudido a Pamplona a comienzos del verano de 1420 para casarse con doña Blanca, don Enrique secuestró al rey Juan II en Tordesillas. Por un momento, todo estuvo bajo su control, hasta el punto de que hizo casar a su hermana María con el monarca y forzó su propio matrimonio con la infanta Catalina. Además, convocó unas cortes que sancionaron sus actos. Aunque fuera responsable de un golpe de palacio al margen de lo que dictaban leyes, costumbres y liturgias, había quedado autorizado.

Pero la situación cambió en el otoño. Ayudado por Álvaro de Luna y con la complicidad de su primo don Juan, el rey huyó para refugiarse en Montalbán, un imponente castillo sobre el Tajo. La derrota de Enrique se produjo paulatinamente. La suma de abusos fragmentó su bando, su hermano Juan supo atraer a perplejos e indecisos, y hubo una emotiva corriente de apoyo de las gentes comunes al rey, su "señor natural". Al fin, el infante fue reducido a prisión en 1422, donde pasó tres años.

¿Se podría hablar de que Álvaro de Luna y Juan de Aragón eran el nuevo tándem rector de la política castellana? En realidad, ambos representaban dos posiciones enfrentadas.

El ascenso de Álvaro de Luna se significó en su nuevo cargo de condestable, tras la caída de Ruy López Dávalos, compañero de Enrique en su aventura. Si tradicionalmente se ha destacado su personalidad de paladín del poder regio con el concurso de la nobleza media y baja, hoy se enfatiza su carácter banderizo. Ser rey de Navarra incrementó la influencia del infante Juan de Aragón. Se estima que su política en Castilla estaba orientada a controlar a la monarquía en pro de la alta nobleza y con el aliento de Aragón... Diferencias notables, pero también coincidencias: a escala local, sus políticas tendieron a premiar a los "caballeros" de villas y ciudades a costa de los "hombres buenos pecheros". Los privilegios fiscales de aquellos contrastaban con ser estos otros los contribuyentes más destacados. Esto también significaba que coincidían en mantener sumisas a las cortes (a cuyos procuradores subvencionaba la hacienda regia, no los concejos en cuyo nombre acudían).

A la larga prevalecieron las diferencias. Tras la liberación del infante Enrique llegó la reconciliación de los hermanos, seguida de una ofensiva entre los años 1427 y 1430 contra quien se había convertido en el personaje principal, el condestable Luna. Pero ni los infantes llegaron a entenderse, ni alcanzaron acuerdos con don Álvaro, ni los bandos en que se apoyaban fueron estables. Sucesivas "ligas nobiliarias" son la expresión de la inestabilidad, y nunca hubo contrapartida parlamentaria a tanto protagonismo de la nobleza. Tampoco se evidencia un debate ideológico. Los frecuentes cambios de alineación para muchas de las grandes y medianas estirpes se asociaban más con las expectativas de recompensa: siempre a costa del patrimonio del rey, o de los propios infantes y del valido Luna, que son quienes aprovecharon para acumular más riquezas.

En sus inicios, esta crisis parece una trama urdida por Alfonso V de Aragón y culmina con el primer y breve destierro de don Álvaro. Llegó a conocer un paréntesis amable y artificioso con "las justas y los toneos" a los que se refería Jorge Manrique. Su modelo fueron las coloridas jornadas de Valladolid en mayo de 1428. En ellas, todos los protagonistas del drama y sus actores secundarios rivalizaron en presentar espectáculos suntuosos. Nunca la rivalidad fue más deslumbrante: aunque es muy posible que sobre todo sirvieran al sagaz valido para reorganizar su bando y preparar un golpe decisivo contra los infantes.



Don Álvaro de Luna (hacia 1483-95).

Estos tenían buenas razones para recelar, y diseñaron un plan con su hermano el rey de Aragón. Al cabo de unos meses, mientras el infante Pedro se sublevaba en Peñafiel, Alfonso V atacó las fronteras orientales de Castilla. Una iniciativa de aire tan turbio halló un fuerte rechazo, esto es, el rey y don Álvaro de Luna se granjearon gran apoyo. El condestable llevó las tropas reales a Peñafiel (que conquistó de inmediato) y contra los castillos de la Orden de Santiago (que se mantenían fieles al infante Enrique). La lentitud de las operaciones y la oposición de los súbditos de Alfonso V a la guerra con Castilla –considerada asunto personal de su rey–, condujeron a las Treguas de Majano (1430), que acordaron el destierro de los infantes y el secuestro de sus bienes. Mientras don Juan aceptó estas condiciones y se fue a Navarra, sus hermanos Enrique y Pedro las rechazaron; derrotados al fin, se exiliaron en la corte de su hermano Alfonso, donde todos participarían en los avatares de su política italiana.

Esta fue la época dorada de don Álvaro, que redistribuyó el patrimonio de los infantes entre sus parciales antiguos y nuevos. Así, su suegro el conde de Benavente recibió Mayorga y Villalón, el almirante Fadrique Enríquez obtuvo Peñafiel, o su medio-hermano Pedro Manrique –abuelo de Jorge Manrique–, se convirtió en señor de Paredes de Nava.

LOS INFANTES EN LA POLÍTICA CASTELLANA: 2ª FASE, HASTA LA MUERTE DEL INFANTE ENRIQUE DE ARAGÓN (1445).

Hasta 1437, Castilla conoció una relativa paz. No obstante, fue creciendo la desafección de la alta nobleza al válido del rey, acusado de codicioso y despótico. Su prianza era denostada como “tiranía”. Fue entonces cuando los ricos hombres apoyaron el regreso de los infantes de Aragón. Don Juan y don Enrique volvieron triunfalmente en 1439 y, sin duda, más expertos. Aunque los señoríos que se les devolvieron eran una porción del patrimonio que heredaran, no reclamaron, quizá esperando tiempos mejores. Por otro lado, practicaban un doble juego; mientras Enrique mostraba su apoyo a la nobleza levantisca, Juan se acercó a don Álvaro.

¿Posible paralelo con los primeros 1420? Más cabe sugerir que los mismos protagonistas en el mismo escenario disponían de una variedad limitada de papeles, como se confirmará de inmediato. Pronto, articularon otra liga nobiliaria que hizo una petición al rey: que el condestable fuera expulsado del gobierno. La inmediata concordia estableció el segundo destierro de Álvaro de Luna, que se retiró con aparente calma a su villa de Escalona.



*El rey Alfonso V de Aragón, el Magnánimo.
Copia de Felipe Ariosto (1634). Museo del Prado.*

Envalentonada, la liga dio un nuevo éxito a los infantes: obtuvo en las cortes de 1440 que el rey autorizase el matrimonio del príncipe de Asturias –el futuro rey Enrique IV–, con la infanta Blanca de Navarra, hija de la reina Blanca y del rey-infante Juan.

En el seno de la propia familia real se apoyaba a los infantes. La reina María, su hermana, y el príncipe de Asturias se habían alejado de Juan II, siempre cercano a su válido. Pero el triunfo de la liga se vio malogrado paulatinamente por sus diferencias internas y por las acciones extremas de los infantes. La más grave fue que apresaran al rey en 1443 y lo encerrasen en el castillo de Portillo.

No era la primera vez que algo así sucedía –el recuerdo del golpe de Tordesillas también nos retrotrae a 1420. Esta vez, los caballeros de Valladolid fueron quienes liberaron al monarca. El hecho había sido tan escandaloso que, con el beneplácito del príncipe de Asturias y de gran parte de la nobleza, volvió Álvaro de Luna a la corte y se aprestó a dirigir la lucha contra los infantes de Aragón.



BATALLA DE OLMEDO.

Joaquín Molina. Tinta en papel.

La coyuntura de 1445 comportó el triunfo del valido regio. Bajo su mando, las tropas del rey derrotaron al bando de don Juan y don Enrique ante Olmedo, su base de operaciones. El infante Juan se refugió de nuevo en Navarra, mientras Enrique huyó herido a Aragón; al cabo de pocos días fallecía en Calatayud. Entonces, don Alvaro pudo realizar otra de sus ambiciones: convertirse en maestre de la Orden de Santiago.

A MODO DE EPÍLOGO

La batalla de Olmedo marca el punto de inflexión de la trayectoria de los hijos de Fernando de Antequera en Castilla. De nuevo poderoso, el flamante maestre y condestable del reino buscó una alianza en Portugal que pudiese contrapesar la continua inquietud que los Trastámaras aragoneses habían animado durante un cuarto de siglo, al mismo tiempo que interfería en la política del infante Juan, que se mantenía como rey de Navarra tras la muerte de su esposa Blanca.

Don Álvaro acudió a una tradicional fórmula de construir alianzas, los enlaces matrimoniales. Habiendo enviudado su rey, forzó un nuevo matrimonio de Juan II con Isabel de Portugal, pariente regia (1447). Pero la operación salió fallida. La nueva reina sería hostil al privado desde el principio, al mismo tiempo que gozó de inmensa influencia sobre el monarca y consiguió atraer al versátil príncipe de Asturias. El valido fue desterrado de la corte por tercera vez, y de nuevo se retiró a Escalona.

Todo este relato tiene aire de movimiento pendular, pero cada circunstancia posee acentos propios. Don Álvaro no abandonó la corte esta vez contra los deseos de su rey, sino por orden suya. Su estrella declinaba, y aunque volvió pronto, se le había torcido la voluntad de los poderosos, sobre quienes Juan de Navarra seguía teniendo influencia.

Así, mientras Álvaro de Luna alentaba a los partidarios del príncipe de Viana contra su padre, este apoyaba a sus contrarios, acaudillados por Juan Pacheco, ayo del príncipe de Asturias. Don Juan, el último y más destacado de los infantes de Aragón, había casado de nuevo en 1447 con Juana Enríquez, hija del almirante Fadrique Enríquez, el más influyente de sus aliados castellanos.

El final de una larga lucha se acercaba. En 1453, sus contrarios consiguieron el arresto y ejecución de Álvaro de Luna. Casi simultáneamente, la política daba un nuevo vuelco, pues el príncipe Enrique anuló su matrimonio con la infanta Blanca de Navarra, aduciendo que no se había consumado. Lo menos que se puede decir es que fue una extraña operación. Añadamos que al año siguiente falleció Juan II de Castilla, otro de los protagonistas de este tiempo, pesoso del triste fin de su valido.

Pero, enfrentado con enemigos poderosos y próximos, permaneció incombustible durante otro cuarto de siglo don Juan, apellidado "el Grande" por unos, "Sin fe" por otros, o "Vieja vulpeja" por los terceros. Infante aragonés y ricohombre de Castilla, rey consorte y soberano de Navarra a costa de sus vástagos, y al cabo rey por derecho de Aragón y padre de Fernando el Católico.

Sin duda, este fue un tiempo difícil y es difícil de contar. Pero si contemplamos otros parámetros, como el desarrollo agrícola y ganadero, la actividad comercial, o la floración de catedrales góticas en la época, surgen reflexiones de otra naturaleza. Que la tremenda historia política coexistió con una dinámica social y económica floreciente, que discurría por debajo de ella. Las crónicas no la registran, porque no forma parte de la vida cortesana. La revela el flujo de gentes, el vigor de las comunidades, o los menudos papeles de cuentas. Y que la sociedad y la economía acusaron favorablemente la época de serenidad política que los Reyes Católicos imprimieron en los reinos unidos de Castilla y Aragón desde los años 1480. Este otro tiempo fue el de los "umbrales de España", como titulamos a la Semana de Estudios Medievales de Estella de 2011. De esta última se cumplen ahora 10 años.

El autor es Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid.